

## ELEMENTOS DEL OFICIO DIVINO COMO INSTRUMENTOS DE ORACIÓN

La oración es un misterio como toda relación personal profunda. No nace de una buena estructura formal, ni del buen uso de un método. Por lo tanto pienso que todos estaremos de acuerdo en que no existe una manera de hacer nacer la oración no existen instrumentos de oración, en cuanto creadores de la oración. Lo que entendemos al hablar de instrumentos de la oración son esas estructuras, o esos elementos que son o fueron expresiones de la oración de hombres o de comunidades que realmente rezaron. Formas que podríamos decir: apoyaron la oración, la ayudaron a manifestarse exteriormente, crearon el ambiente necesario a una oración personal dentro de una comunidad, hicieron participar a toda una comunidad de la oración común. Algunos de esos elementos, como los salmos, llegaron a tener un valor tan grande en si mismos, que se convirtieron en un instrumento constante en la oración de todas las comunidades cristianas en los distintos periodos de la historia.

La Iglesia, como la gran comunidad de los bautizados que creen en Cristo, encontró desde el comienzo esos instrumentos para apoyar su diálogo con el Padre por Cristo. Concretamente tuvo momentos especiales de la semana o del día, dedicados a esa oración. Tuvo sus formas especiales de hacerlo. Muchas de ellas eran simplemente la continuación de las formas o instrumentos de oración del judaísmo donde nació esa comunidad. Otras nacieron del recuerdo del Señor: de sus gestos, oraciones, o de su orden expresa. Podemos decir que la presencia del Espíritu entre ellos les dio el criterio para seleccionar utilizando o rechazando las formas de oración que habían heredado, o creando otras nuevas. Tenemos así, junto al centro que es la Eucaristía, la Liturgia de las Horas. La Liturgia de las Horas es el nombre que se prefiere dar ahora, a lo que nosotros llamamos el Oficio, y que San Benito llamó Opus Dei, usando una palabra que tenía en la tradición un sentido más amplio.

### *Liturgia de las Horas*

Esa Liturgia de las Horas llegó hasta nosotros como una forma de oración, y bien estructurada. La *Regla* de san Benito le dedica una serie de capítulos que la estructura con todos sus elementos, a pesar de que deja una cierta libertad al abad para que lo organice de otra manera si lo juzga necesario. Todos nuestros monasterios tienen esta forma de oración. Es decir: en todos nuestros monasterios, los monjes se reúnen a ciertas horas fijas y preestablecidas para rezar en común. Y esa oración en común consta de una serie de partes, de elementos. Quizás sería interesante hacer una revisión histórica de las etapas, de la forma en que se cargó el acento sobre una función determinada que el oficio habría tenido dentro de la vida de las comunidades. De cómo esos acentos se desplazaron, crecieron o se olvidaron. Pero para nosotros resulta más útil reflexionar sobre los elementos de los que consta nuestro oficio, y ver si objetiva y comunitariamente son para nosotros elementos e instrumentos de oración; o cómo podrían serlo mejor.

Entre estos elementos tenemos: los himnos, en cuanto composiciones más libres y que dan el carácter al día o a la fiesta: los silencios; las oraciones que surgen de esos silencios; las lecturas, los salmos, etc. No todos estos elementos son usados en todos los monasterios, ni en todos de la misma manera. Quizá sean los salmos el único elemento que sin lugar a dudas es instrumento de oración de toda liturgia monástica. Por eso vamos a tratar más bien de ellos, y desde un punto de vista bastante restringido, en cuanto a la forma de hacerlos oración profunda personal,

### *Los Salmos*

A veces me parece que los salmos son como las vacas sagradas para los hindúes. Todos los reverencian, se pasean por todos los senderos de nuestros oficios litúrgicos, pero no se les convierte en el auténtico alimento del pueblo. Estamos sí, todos de acuerdo en una serie de valores intrínsecos que tienen: son auténticamente “bíblicos”, son la Palabra misma de Dios que se nos regala para rezar, fueron las palabras con que rezaron Cristo y los Apóstoles, e infinidad de hombres cristianos y monjes, que se santificaron; y una serie de cualidades más. Pero no terminamos de hacerlos oración nuestra. O para decirlo con poco pudor; los sentimos ajenos, sagrados, extraños. Enténdaseme bien: no estoy hablando contra los salmos. Estoy simplemente reflejando la actitud concreta vivencial de tantos que rezamos los salmos años y años, y que sin embargo vibramos tan pocas veces con esa tensión profunda que templó el alma de los poetas que los crearon partiendo de ese choque entre su fe profunda y algún acontecimiento concreto de sus vidas. O lo que aún más cuesta: nos parece no poder aceptar ciertas reacciones de esos salmistas precristianos frente a ciertos acontecimientos como el sufrimiento, la injusticia, el más allá. Es un viejo problema que ya preocupó a los Padres de la Iglesia, y a toda la tradición exegética y pastoral que se esforzó por convertir los salmos en una oración para los cristianos de ese momento. La Cristologización de los salmos, el alegorismo, y tantas aplicaciones concretas son el reflejo de esta tensión y de ese esfuerzo.

La Iglesia, Madre comprensiva, en su último documento, sobre la Liturgia de las Horas, después de haber recomendado insistentemente, hasta con cariño, el rezo y la importancia de los salmos, hace en el n. 131 una concesión y suprime del rezo del Breviario romano tres salmos: el 57, el 82 y el 108, con versículos de otros salmos, y lo explica: “Quorum textuum omissio fit ob quandam difficultatem psychologicam... pero aclara; etsi psalmi ipsi imprecatorii in pietate Novi Testamenti occurrunt...”. Lo que suena un poco a decir: A causa de la dureza psicológica de Uds. se les permite... pero sepan que en el comienzo no fue así.

Una de las preguntas en nuestra reunión sobre la Oración, en el Uruguay es: en qué manera los elementos de nuestro Oficio responden a la problemática de la oración en nuestro continente sudamericano que vive hoy una situación de injusticia, de violencia, de cambio y de liberación. ¿Tienen los salmos algo que decir como oración nuestra hoy en este punto? Pienso que sinceramente a veces nos molesta llevar a nuestra oración comunitaria esta temática, y que ciertos salmos de protesta como el 81, resbalan sobre nuestra oración sin encontrar relación con la temática que aflige a tantos hombres y cristianos. Es probable que incluso nos moleste el que gente que reza con nosotros la Liturgia de las Horas descubra hoy, gracias al castellano, que están rezando “cosas tan poco cristianas”; y cuando nos preguntan el porqué de tales salmos, les respondemos con una explicación llena de sabia indulgencia para aquellos pobres salmistas precristianos que aún no habían descubierto el segundo mandamiento de la Ley: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Los salmos surgieron como reacción profundamente humana y vivencialmente religiosa y espiritual frente a las realidades más grandes que pueden sacudir el corazón del hombre religioso: las maravillas que hizo Dios, y las miserias que tiene que vivir el hombre. ¿Nos será permitido hoy, desterrar de nuestra oración litúrgica el grito angustiado del oprimido que busca llegar hasta los oídos de Dios? ¿Es que ese grito que el salmista dice que Dios escucha, tiene que llegar a los oídos de Dios sólo en forma de blasfemia porque faltan hombres que sepan convertirlo en oración? Tenemos conciencia que nuestra oración es una participación y una concretización de la oración de toda la Iglesia. Los oprimidos, los condenados injustamente, los huérfanos y las viudas de hoy y de siempre, también son Iglesia.

También a ellos pertenece nuestra voz, sobre todo cuando no tienen voz propia, ni siquiera ante Dios porque no saben rezar, al menos como lo entendemos nosotros. Algunos de estos salmos son probablemente composiciones surgidas de las comunidades de los llamados Pobres de Yahveh. Hombres de la tierra, sin posesión, religiosamente sensibles, socialmente ladeados por los terratenientes y los espiritual y litúrgicamente seguros. Hombres para los cuales el no ver realizada en el mundo presente la justicia de Dios, constituye una auténtica tentación contra su fe. Hombres que no toman la iniciativa violenta de la venganza, pero que piden ardientemente a Dios que intervenga, castigando al opresor salvando al oprimido y liberándolo de sus manos. Hombres que quieren, no

despertar al pueblo, sino despertar a Dios que parece haberse dormido. Es paradójico: pero a veces estamos tentados de condenar en nombre de la caridad cristiana la visión de esos salmistas que han amado profundamente a sus hermanos, y han clamado a Dios por ellos. ¿No será que ello nos molesta no tanto por lo de la caridad cristiana, cuanto porque se dirigen contra situaciones que nosotros mismos protagonizamos, defendemos o usufructuamos?

Con todo, no quisiera ser unilateral. También es cierto que mucha gente viene a nuestros monasterios cansada de divisiones, de protestas, de insultos estériles. Buscan una comunidad que reza en la paz, que busca la paz. Puede ser que esos hombres realmente comprometidos, se vayan escandalizados de encontrar en nuestra oración el mismo clima de violencia. Tal vez en este sentido sea mejor no llevar esta temática a la oración. La comunidad de Taizé ha tomado este criterio. Quiere ser un signo de unidad, y por ello ha suprimido de su forma provisoria de Oración litúrgica en vistas a la unidad, todo lo agresivo y lo que divide. Y sin embargo es una comunidad comprometida y comprometida concretamente con nuestra situación sudamericana.

Es una tensión a la que estamos llamados a encontrar una solución en la práctica. Una solución en la que nuestra oración no desdiga de nuestra conducta práctica de hombres en búsqueda de la paz; pero que tampoco sea un silencio egoísta. El mensaje de los salmos frente a una situación histórica cualquiera es mucho más amplio que el de una protesta: es un mensaje de esperanza, de fe en la victoria final porque Dios tiene las riendas de la historia en sus manos, de alegría frente al recuerdo del pasado glorioso, de arrepentimiento frente al recuerdo del pasado trágico de pecado colectivo y personal que se reconoce, de invitación a reunirse comunitariamente para alabar a Dios “porque es eterna su misericordia”.

La oración cuando es sincera pone en crisis toda nuestra vida. Y si nos dejamos guiar por el Espíritu de Dios en la oración, ese Espíritu trabajará también en el resto de nuestras horas. Para concluir diría algo que ya todos sabemos: No podemos separar nuestra oración del resto de nuestra vida. Si somos formalistas en nuestra oración, es porque lo somos también en las demás cosas. El precio que tenemos que pagar hoy para tener derecho a nuestro tipo de vida, es una gran sinceridad. Si trabajamos por ella en nuestra vida comunitaria, se manifestará también en nuestra oración. Los elementos de nuestra Liturgia de las Horas serán instrumentos de oración en la medida en que nosotros seamos hombres de oración.

*Comunidad de Los Toldos – Pcia. de Bs. As.*